Con vuestra licencia, soberano Señor sacramentado.

Hace pocas horas, suplicábamos a los corazones de Jesús y de María, desde el santuario de Fátima, que aceptasen la consagración de la Iglesia, en esta singular hora de sufrimiento. Con este acto de adoración a Jesús sacramentado que ahora realizamos, les damos las gracias porque el amor de Cristo y de su Madre santísima nunca defraudan, y sabemos que siempre escuchan nuestras peticiones.

Dulcísimo corazón de Jesús, desde lo alto de la cruz, nos diste a tu Madre, María, como Madre nuestra. Madre de gracia y de vida, de misericordia y de perdón. Nos la entregaste para que fuese nuestra esperanza en el camino hacia el cielo. Madre del amor hermoso, como te llamó muchas veces san Josemaría, alcánzanos con tu intercesión poderosa que tu Hijo, aquí presente sacramentalmente, derrame ahora abundantemente su misericordia sobre el mundo entero.

En los momentos difíciles, los hijos de Dios siempre nos hemos refugiado en tu corazón materno. Podría recordar innumerables intervenciones tuyas, a lo largo de la historia. Ahora, me viene a la memoria una canción que entonaban, a comienzos de los años ochenta del siglo pasado, unos pergrinos ruandeses, que en ese momento ignoraban los tremendos acontencimientos del genocidio de 1994 que se avecinaba, y del que tú querías protegerlos, invitando el país a volver a Dios mediante la oración y la penitencia[1].

Avanzaban con rapidez, caminaban a lo largo del rudo camino de tierra que serpenteaba peligrosamente hacia el sur a lo largo de kilómetros de montañas y valles hacia Kibeho, donde tú te habías manifestado. Aquellos hombres y mujeres emprendían un arduo viaje de varios días y noches, pero todos iban sonriendo, sabiendo que cualquier dificultad bien valía el sacrificio. La canción que entonaban alabando tu amor de Divina Madre producía un eco alegre a lo largo de las colinas mientras iban desapareciendo de la vista de los que se quedaron en la aldea:

Hermosa madre, venimos a darte las gracias

por habernos dado el regalo del santo rosario,

el rosario que nos explica la gloria,

el dolor y tu coronación como

Reina del Cielo y de la Tierra.

Déjanos llegar a ti, María, que estás llena de gracia,

cuando concebiste a Jesús,

cuando visitaste a tu prima Isabel,

cuando diste a luz a Jesús,

cuando lo ofreciste en el templo,

cuando lo viste enseñando en Jerusalén.

Déjanos llegar a ti, María, en tu sufrimiento,

cuando tu hijo estaba en agonía,

cuando fue azotado,

cuando le pusieron la corona de espinas,

cuando llevó la cruz hacia el Calvario

y cuando murió en la cruz.

Déjanos llegar a ti, María, en la dicha que te fue dada,

cuando Jesús resucitó,

cuando el Espíritu Santo llegó sobre los discípulos,

cuando ascendiste a los cielos,

cuando fuiste nombrada Reina del Cielo y de la Tierra.

Al final del canto se pedía a los peregrinos: acudir a ti, rezar el Rosario desde el corazón, ser felices y recordarte, como madre que nos ama sin medida. Una invitación que hacemos nuestra, en este rato de meditación junto a Jesús. Déjanos llegar a ti, María, en esta hora, para responder a tus cuidados maternales, que nos llevan siempre a la conversión, a cooperar con lo que espera tu Hijo de cada uno y del muno entero.

Otro suceso que me viene al corazón, es una luz que recibió san Josemaría, en momento duros de la Iglesia y de la humanidad, que lo hacían sufrir indeciblemete. Raramente comunicaba él sucesos sobrenaturales. Tampoco sacaba a la luz pública episodios de esta índole. De manera que poco sabemos de las muchas gracias extraordinarias que recibió; pero sí de algunas de ellas, como lo sucedido el 23 de agosto de 1971.

Estoy seguro de que sonríes, mientras hablo de estos recuerdos delante de Jesús en la custodia. Pasaba el fundador del Opus Dei unos días en Caglio, un pueblecito cercano a Como, en el norte de Italia. Esa mañana, después de celebrar misa y dar gracias, estaba leyendo el periódico cuando sintió que, con gran nitidez y fuerza irresistible, se imprimía en su alma una locución divina: *Adeamus cum fiducia ad thronum gloriae ut misericordiam consequamur*[2]. Vayamos confiadamente al trono de la gloria para obtener misericordia.

Como bien sabes, madre nuestra, san Josemaría acostumbraba recurrir a tu intercesión con la confianza de hijo pequeño; y esta locución lo confirmó en la necesidad de dirigirse siempre a ti. En alguna ocasión, nos pidió, que tuviéramos muy en cuenta esa locución a lo largo de los siglos. Y nos animaba a meter nuestra vida de amor a Dios dentro de esa palabras, que manifiestan una profunda relación entre tu mediación y la edificación de la Iglesia. Tenía la certeza de tu presencia en el sacrificio eucarístico, que edifica la Iglesia.

"La Iglesia vive de la Eucaristía –nos decía Juan Pablo II, en su última encíclica–. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que

encierra en síntesis *el núcleo del misterio de la Iglesia*. Ésta experimenta con alegría cómo se realiza continuamente, en múltiples formas, la promesa del Señor: « He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo » (*Mt* 28, 20); en la sagrada Eucaristía, por la transformación del pan y el vino en el cuerpo y en la sangre del Señor, se alegra de esta presencia con una intensidad única. Desde que, en Pentecostés, la Iglesia, Pueblo de la Nueva Alianza, ha empezado su peregrinación hacia la patria celeste, este divino Sacramento ha marcado sus días, llenándolos de confiada esperanza."

"Pongámonos –continuaba el santo Pontífice–, *a la escucha de María Santísima*, en quien el Misterio eucarístico se muestra, más que en ningún otro, como *misterio de luz*. Mirándola a ella conocemos la *fuerza trasformadora que tiene la Eucaristía*. En ella vemos el mundo renovado por el amor. Al contemplarla asunta al cielo en alma y cuerpo vemos un resquicio del « cielo nuevo » y de la « tierra nueva » que se abrirán ante nuestros ojos con la segunda venida de Cristo. La Eucaristía es ya aquí, en la tierra, su prenda y, en cierto modo, su anticipación: *« Veni, Domine Iesu! »* (*Ap* 22, 20)."[3]

Terminamos uniéndonos a las periciones de los obispos católicos de Colombia, que nos invitan a confiar en Dios, que ilumina nuestra existencia y que, en momentos difíciles como los que afrontamos, nos llama a crecer en el amor y en el servicio a los demás. Nos piden de manera particular orar mucho, pues como dice el salmista: *"Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha y lo libra de sus angustias"* (Sal 33, 7); y, acudir a la Virgen María con la oración del Rosario.

Amén

---

[1] Ilibagiza, Immaculée. *Nuestra Señora de Kibeho: María habla al mundo desde el corazón de Africa*. (Spanish Edition) (p. 82). Didacbook. Edición de Kindle.

[2] La variante respecto al texto de la epístola a los Hebreos 4, 16 es: "trono de la gloria", en lugar de "trono de la gracia". Explicaba el fundador que la Señora es trono de la gloria en virtud de su constante e inseparable intimidad de amor con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por medio de su intercesión nos dirigimos a Dios, apelando humildemente a su misericordia.

[3] Juan Pablo II, Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, nn. 1 y 62.